

Enrique, hombre de letras

Manuel Valdés

Mi presencia en este homenaje se justifica por mi condición de aspirante a escritor tutelado (por Enrique), así que mi testimonio será más biográfico que literario, lo que no debe ser entendido como una amenaza para contar mi vida. Pero un poco de mi vida sí que tengo que contar para situar a Enrique en un punto crítico: el del momento de decidir si me aventuraba a rellenar mi existencia de literatura u optaba por ganarme la vida sensatamente. Mi madre –usufructuaria implacable de los poderes que le otorgaba el psicoanálisis- deconstruía a todas mis novias y elaboraba ambiciosos proyectos para mi futuro, de manera que consideraba la lírica un asunto de gente derrotada. Todo esto ocurría en Asturias, y hay que vivir en Asturias para saber lo que es el color gris: gris de cielo, gris de mar, gris de acero y gris de antracita y de hulla, por no hablar del grisú que emana de sus minas. En un ambiente así, el color de la existencia ya estaba cantado, y tampoco era muy diferente en el resto de la piel de toro, como lo confirmaba la televisión en blanco y negro. En consecuencia, eludí a mi madre —que tiraba con pólvora mojada y nunca supo apretarme donde me dolía— y me puse a escribir por las tardes para fabricar universos de otros colores.

En el año 1966 yo ya era estudiante de segundo de Medicina porque me dijeron que no tenía otro remedio que dedicarme a la psiquiatría si quería enterarme de cómo funcionaba el cerebro, que era el órgano que hacía posible que cada ciudadano representase el mundo a su conveniencia. Entretanto, ya había escrito muchos cuentos y un amigo —psiquiatra y escritor— me informó que en Barcelona se convocaba el Premio Leopoldo Alas de cuentos literarios, que había ganado prestigio por su firmeza en no hacer concesiones a la industria editorial. Esa honradez ya era de suponer cuando se reparaba en el ya entonces simbólico importe del premio (10.000 ptas.), y envíe mi manuscrito conforme a las normas, para que no se dijera que me abstenía por pereza.

Y así conocí a Enrique, miembro puntilloso de un jurado estricto, en el que había defensores del cuento como suerte narrativa suprema, aunque los editores anduviesen con la eterna murga de que el cuento era un género ruinoso. Antes de entregar a la imprenta del manuscrito ganador, Enrique sugirió que lo revisáramos juntos y me aclaró enseguida que el título del libro no le gustaba. Empezábamos mal, pero seguiríamos peor, porque fue arrasando el texto, página a página, hasta que el libro quedó hecho un manojó de hojas punteadas de hemorragias vergonzantes (corregía en

rojo). No cambié el título —aunque al final acabó por no gustarme a mí tampoco— pero en lo demás le hice caso en todo porque le asistía la razón y el buen criterio. Un par de años más tarde, aprovechando mi condición de escritor entusiasta motivado por los laureles del premio, presenté a Enrique (editor) otro libro de cuentos para que considerara su publicación, pero tras leerlo me dijo que no iba a editarlo para salvaguardar mi imagen de escritor talentoso. Estaba claro que velaba por mis intereses y que no iba a ser necesario que lo corrigiéramos. Dos años después volví a presentarle otro libro (era obvio que no tenía pereza para escribir) y esta vez Enrique me dijo que de acuerdo, que eso era otra cosa, que el libro era excelente y que solo tenía que hacerme algunas sugerencias. Esta vez las hojas sangraron menos y el texto se mantuvo robusto y mejorado con los cambios que él me propuso. Enrique era literatura encarnada, y su presencia en mi vida juvenil colaboró a embrollar mi proyecto biográfico: si se podía ser profesional de la literatura sin necesidad de ser toxicómano o vivir en pensiones de mala muerte, tal vez había que considerar la posibilidad de dedicarse a eso y no a la medicina. Yo ya estaba en cuarto curso de carrera y me quedaba poco para enterarme de cómo el cerebro genera representaciones alternativas de la realidad, así que anduve dudando una temporada y al final no me atreví a dar el salto, posiblemente porque mi escepticismo siempre ha sido mayor que mis entusiasmos. He de decir, que ese escepticismo no penalizó a mis dos hijas, que cruzaron ese mismo Rubicon sin titubeos —una como actriz y la otra como escritora— y viven como profesionales convencidas, en una austeridad y una plenitud que las dignifica.

Un escritor es un profesional de la palabra que tiene que dedicar toda su capacidad y todo su tiempo al uso y el perfeccionamiento de su herramienta. El escritor a tiempo parcial es un dominguero de la literatura, como lo son los psicólogos aficionados, y eso lo digo con conocimiento de causa desde mi condición de profesional de la psiquiatría. Elegí otra profesión y pasé a ser otra cosa, pero Enrique no dejó de presionarme para que volviera a la literatura y, aunque yo le argüía que no paraba de publicar libros profesionales, él consideraba que eso no era escribir. Con semejante mar de fondo mantuvimos una relación ininterrumpida y compartimos amistad con Esteban Padrós, su colega biográfico, que era un escritor de cuentos extraordinario y una persona nacida para la concordia. Los dos me arrastraron a tertulias diversas —en el Hotel Aricasa, en la cafetería del Coliseum, en la Jijonenca, etc.—, donde asistí a diversos combates de esgrima dialéctica y donde conocí a escritores que no sobrevivirían si tuvieran que dejar su oficio y hacer vida normal.

Sobre la bondad y la generosidad de Enrique siempre hubo acuerdo unánime y, si tuvo enemigos, supieron esconderse muy bien porque yo nunca me tropecé con ninguno, ni en el ámbito literario ni en el social. A lo sumo, escuché algún comentario sarcástico sobre su dandismo y algunas perplejidades sobre su soltería, que no podían fundamentarse en ninguna duda sobre sus inclinaciones sexuales, que testimoniaba de manera inequívoca de palabra y de obra. Se quedaba embobado mirando a las señoras que entraban en su canon de belleza y conocía todos los rituales galantes, como corresponde a un literato. Me sorprendió que considerase excesivas las estimulantes ilustraciones que hizo Milo Manara de su traducción de las cartas de amor de la monja portuguesa Mariana Alcanforado.

En realidad, yo me convertí en profesional de la psiquiatría —o sea, en profesional de la palabra dicha— como Enrique y los escritores lo son de la palabra escrita. Tanto ellos como yo sabemos que la palabra, una vez suelta, adquiere vida propia, se va cargando de significados contextuales y luego es tergiversada por cada receptor. Yo juego con la ventaja de que el viento y la vida diaria se llevan por delante las palabras dichas, pero los escritores saben muy bien que cada palabra escrita se expone demasiado a la polisemia, y no digamos cuando hay que traducirla a otros idiomas. Y ya que de traducir hablamos, he de confesar que el trabajo de Enrique en ese ámbito despierta en mí una admiración que me cuesta expresar con palabras. Hay que ser muy culto y muy osado para reescribir con brillantez en castellano y en catalán poemas escritos en lenguas bárbaras (vivas y muertas). Traducir es un trabajo ciclópeo, reservado a los amantes del cultivo de la palabra por tierra, mar y aire, y siempre será imposible que se reconozca y se remunere como sería de justicia. Para traducir poesía hay que intuir los significados latentes de las palabras extrañas y reconvertirlas en palabra poética propia, y eso no lo hacen los programas de traducción ni los políglotas prosaicos. Las explicaciones que da Enrique en su libro para aclararnos cómo lo hizo él, lo definen como intelectual de envergadura. Pero quedamos en que mi interés por la generación de universos alternativos nació de la intolerancia temprana a vivir en el mío, para estupefacción de familiares y coetáneos. Nadie entendía por qué necesitaba fabricarme otros mundos: mis padres me querían, tenía amigos y amores, me gustaba estudiar y no albergaba temores sobre mi futuro ¿Qué pegos podía tener ese universo como para tener cambiarlo por otro? Después ya conté mi epopeya como tráfuga desde la literatura a la psiquiatría, con la pretensión de averiguar cómo se las arreglaba el cerebro para representar la realidad. Pero llegué a la psiquiatría demasiado pronto y

me encontré en un páramo acéfalo, en el que todo era literatura, ignorancia y confusión. Faltaban 25 años para el nacimiento de las neurociencias y los psiquiatras no sabían una palabra de cómo funcionaba el cerebro, ni aquí ni en el extranjero, así que tuve que conformarme con escuchar y aprender a persuadir a la gente, que era lo que se esperaba de mi oficio. Dejé la literatura en busca de explicaciones científicas y la psiquiatría solo me ofreció metáforas, neologismos y especulaciones filosóficas que se cocinaban en la cultura centroeuropea, y que luego se basculaban aquí, a lo bruto, para aprovechamiento de quién pudiera.

Tuve que empezar por el principio y eso suponía hacer un análisis crítico de la epistemología psiquiátrica, que flaqueaba al primer empujón. Había que zambullirse en la filosofía de la ciencia a pulmón libre, y luego había que conseguir la unificación de conceptos y de diagnósticos para utilizar algún esperanto psiquiátrico. A renglón seguido había que intentar averiguar las bases cerebrales de las diferencias psicológicas y de los síntomas psicopatológicos —una vez descifrado el funcionamiento o del cerebro normal— y, por último, había que buscar tratamientos bioéticos de base científica. Asistí con satisfacción al extraordinario progreso de la psiquiatría como especialidad médica y durante los últimos años me alimenté intelectualmente de los avances de la neurociencia en general, pero ahora que es inminente mi jubilación me volveré a transfigurar en sentido inverso. En efecto, Enrique, volveré a escribir —no a hacer filosofía de la ciencia, ni diccionarios de psiquiatría, ni teorías psicobiológicas sobre la adaptación humana, ni documentos sobre la organización asistencial— sino a escribir como tú dices. Y lo hago con el placer de haber comprobado que la palabra humana es el estímulo más poderoso para activar el cerebro y que la literatura no tiene rival para acceder a los secretos de la existencia, que son mucho más insondables que los del universo. En lo sucesivo me dejaré mecer por los acontecimientos y, desde mi condición de ciudadano raso, me dedicaré a buscar palabras sabias que me ayuden a tolerar la experiencia. Si, Enrique, volveré a escribir. Ya puedes dejar de taladrarme.